

La sociología literaria de Fernando Carmona Fernández

A los Lukács, Escarpit, Galvano della Volpe, Noel Salomon, Adorno, etc., por parte extranjera y a los José María Castellet, Maravall, Gómez Marín, Andrés Amorós, Pérez de la Dehesa, Valeriano Bozal, Blanco Aguinaga, I. M. Zavala o Rodríguez Puértolas, por parte española, cultivadores todos ellos de la todavía problemática disciplina de sociología literaria, hemos

Desde la doble condición de sociólogo y literato, Fernando Carmona aborda su trabajo preocupado por el estudio del hecho literario por una parte y del fenómeno social por otra, tratando, finalmente, de llegar al descubrimiento de lazos comunes, de estructuras paralelas que sirvan como puentes o que hagan posible la interrelación entre ambos campos, cuidando muy mucho de contemplar la obra literaria como un ente aparte, aislado en su urna de cristal o bien de ofrecer un episódico documental de la vida y de la sociedad francesa en un momento dado. No. Fernando Carmona considera que la obra literaria sólo alcanza su plena y total significación sólo cuando se la estudia en el contexto de la civilización en la que nace. Tras una breve introducción en la que se repasan las distintas orientaciones sociológicas en curso, especialmente las de Lukács y Goldmann, Carmona Fernández precisa y matiza su personal visión de que la obra literaria nace en la vida social pero que, al realizarse o fraguarse en la fantasía subjetiva, requiere un original método de análisis basado por una parte, en el conocimiento de una estructura peculiar de la obra literaria, en una especie de poética y de otro lado, en la formación de la sociedad y en los cambios sociales en un determinado momento. Sólo así se lograría una sociología literaria que fuese válida. La significación de las estructuras vendría dada por una simple comparación de ambos factores. Propugna, entonces, Carmona Fernández un método abstracto y flexible de manera similar en cierto modo al de Tuñón de Lara en el terreno histórico, en donde sea posible captar las relaciones del fenómeno literario dentro del sistema sociocultural.

Para ejemplificar su comovisión trata inicialmente en el ensayo el cambio de la sociedad francesa desde 1933 a 1942 atendiendo preferentemente a la gran crisis cultural, inseparable de la crisis económica y social que se manifiesta en las tres obras de los tres autores que analiza en profundidad: La condición humana de Malraux, El extranjero de Camus y La náusea de Sartre. Tras un rápido análisis del terreno social-económico, en donde se pone de manifiesto la inestabilidad política, la inseguridad social, la desesperanza, el desaliento, considera Carmona que la crisis de la cultura occidental llega a su culminación con la quiebra de los valores metafísicos (el concepto de Dios y del hombre), con la crisis de la ciencia como valor de desarrollo y progreso y no queda sino la desesperanza ante los acontecimientos de un siglo

trágico, marcado por una guerra mundial, una depresión económica y un estado de inseguridad monetaria y una nueva estructura de la sociedad industrial. Esa situación de crisis permanente llevará a un examen de conciencia nacional y en la historia de la literatura la introspección será el elemento caracterizador. El escritor buscará en su propio yo lo que no encuentra fuera. Este proceso de interiorización o de interrogación filosófica, resultado de la dialéctica social, motivará el que los personajes se sientan a la deriva. De esta desorientación o incomunicación arrancará el descubrimiento del yo como la nada o el absurdo existencial. El hombre, sin creencias ni doctrinas, abocará en la soledad. La conciencia de soledad —y la responsabilidad— serán el epicentro de las preocupaciones de los tres autores estudiados. Lo trágico, la angustia, el absurdo, es sólo parte de la terminología adoptada por este nuevo humanismo.

A continuación estudia Carmona la crisis de los personajes novelescos que deriva de un nuevo tipo de sociedad industrial, de tal manera que el eje temático de las obras estudiadas será la pérdida de su identidad (Malraux), la búsqueda de ella (Sartre) o su negación por parte de la sociedad (Camus). Carmona da sucesivamente relación de la

disolución del personaje en la conciencia y el extrañamiento ante el mundo. Para dar cumplida visión de un nuevo quehacer, de una nueva tarea, ante una asimismo situación social, el escritor romperá con el relato decimonónico o tradicional y buscará una nueva concepción del arte narrativo. Así y tal como Baquero Goyanes, Andrés Amorós, Paul Conrad Kurz, etc., han señalado, se eliminará la función del narrador omnisciente, se manejará de modo distinto el papel tiempo, se reducirá el espacio y el tiempo de los personajes, desaparecerá la aventura, se advertirá un proceso de interiorización, la falta de lógica de los personajes, su autonomía, el espíritu intelectual y reflexivo de los autores, el sentido de la angustia, de náusea, de extraneidad, el sentimiento de miedo ante la propia existencia, la libertad, etc. De manera coherente desfilan en especie de abanico un sinfín de elementos éticos, sociales, técnicos, filosóficos, al entrar Carmona Fernández en contacto con cada una de las obras estudiadas. Todas ellas tienen en común, según señala el autor, la crítica de la sociedad burguesa tradicional. Malraux, Camus y Sartre son, en definitiva, los testigos de la descomposición de una sociedad.

Rumón Jiménez Madrid



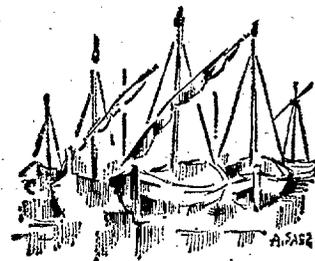
Literatura y sociedad en la novela francesa de los años 30

MALRAUX, CAMUS Y SARTRE

GAVIOTA

ANDRES CEGARRA SALCEDO

GAVIOTA



33

CUADERNOS MURCIANOS
1980

LOS admirables CUADERNOS MURCIANOS que dirige el impagable VELASCO han visto en sus páginas las reedición de Gaviota, cuento de ANDRES CEGARRA SALCEDO, cincuenta y dos años ya de su muerte, junto con otras prosas breves, género en el que fue maestro. Gaviota es una narración de alta sensibilidad, desgarradoramente expresada en una prosa exquisita "...miel literaria de gustoso alimento" en palabras del propio VELASCO, donde las descripciones de lo mediterráneo, por ejemplo, alcanzan unas cotas de inusitada belleza, cuyas claves hay que buscarlas en el postmodernismo mirriano. Gaviota, un clásico de la literatura murciana, levantina, mediterránea en suma.

LA VOZ DE MARIA CEGARRA

BELLAS palabras las que escuchamos de MARIA CEGARRA en su homenaje en La Unión: "Mientras los hombres nazcan con corazón, seguirá palpitando la ternura". "De la escuela para mujeres analfabetas que regenté, me siento francamente orgullosa". "Estuve y sigo estando al lado de la cultura, porque mejora, supera, las cualidades físicas y morales del hombre". "En la cultura están incluidos los Mandamientos de la Ley de Dios que traen la paz y el amor fraterno". MARIA CEGARRA SALCEDO acabó con emoción: "Continuaré mi nombre despierto a la luz y a la sombra de La Unión".

«AZAHARA» NUM. 8

YA en plena posesión de su madurez poética ha visto la luz el número 8 de AZAHARA, número en el que la revista murciana se abre felizmente hacia otros horizontes geográficos, aunque ello no sea una novedad estricta, pues ya en otros números se habían escuchado otras voces.

Un oficio de escribir, preferentemente instalado en el surrealismo, ha sustituido a la urgencia expresiva que caracterizaba a los primeros números; un oficio de escribir que no descierne la validez poética del tema, de un posible halago a la propia sensibilidad, pero que se resuelve en un buen decir, aunque quizá anodino. Escriben M. A. Buendía; A. Durá, G. Matilla, A. M. Albalade, que ensaya lo maldito; Juana M. Marín, que tiene, felizmente, a la claridad como valor expresivo de lo íntimo; M. A. Sarabia, J. Pedreño, A. Pujante, J. L. Rodríguez, A. Torres, O. Uña, con su voz de meseta, y C. Vera Quiza lo más granado sea el logrado ritmo clásico de J. Pozuelo Yvancos, el párrafo telegráfico, eficaz, como de aviso de J. García Giménez y la despreocupada brevedad de Rubén Yrrix.

Las voces invitadas de C. Conde, P. Rabal y S. Masó acompañan sin procurar ningún registro que supere al del resto del número.

Asimismo las prosas de A. María de Lera, E. Estrella, autor de una segunda cansera, de bastante dignidad creativa, J. M. Marín, con un incoloro elogio al pintor Párraga que ilustra con su estilo de siempre portada e interiores, María Luisa Frillias (¿Cómo ha podido incluirse ese cuento?) y J. M. Villanueva que lleva camino de convertirse en notario de la poesía joven murciana, con su trabajo sobre el malogrado J. M. Corbalán.

La revista AZAHARA sigue cumpliendo de manera brillante con su cometido testimonial de dar cauce tipográfico a una poesía murciana, quizás la más joven, que presenta todos los síntomas de un pujante renacer. Enhorabuena.

S. Delgado